

Lluís Foix

Nosotros, los europeos

A l caer el muro de Berlín, en 1989, había más de un millón de soldados norteamericanos en Alemania. La guerra había terminado 44 años antes, pero la República Federal Alemana estaba bajo el protectorado militar de la OTAN y se encontraba atada a Occidente a través del liderazgo americano en cuestiones de estrategia política a escala mundial y unida a Francia en los temas de política europea.

Henry Kissinger tiene escrito que durante el siglo pasado Estados Unidos ha tomado parte en dos guerras mundiales para impedir que Alemania conquistara toda Europa y dirigió la larga guerra fría para impedir la dominación rusa sobre Europa. Helmut Schmidt solía decir que Washington era el aliado más importante pero Francia es el aliado más cercano. La fuerza de Alemania impulsaba la creación gradual de la Unión Europea y Francia administraba políticamente los éxitos de todos.

Estas percepciones han cambiado desde que el Brexit ganó hace un año y después del paso de Donald Trump por Bruselas y Taormina en los últimos días. La canciller Merkel, con una jarra de cerveza en la mano y en el feudo de la CSU bávara, sorprendió al mundo con unas declaraciones que pueden marcar un antes y un después en las relaciones transatlánticas y en el futuro a corto y medio plazo de Europa.

Las motivaciones por las que Merkel dijo que “los europeos tenemos que tomar el destino en nuestras manos” pueden ser muchas. Pero el hecho es que la canciller imprimió el cambio de discurso después de los últimos días pasados con Donald Trump. Las percepciones de Merkel pueden ser compartidas por muchos líderes europeos, pero el hecho de que sea Alemania la que las exprese en público les da una relevancia política global. Los tiempos en los que podíamos depender completamente de otros, hasta cierto punto, han terminado, dijo la canciller.

Europa tiene que escoger entre robustecer sus instituciones y sus políticas o que-

dar aislada en un rincón confortable de la historia. La globalización está vigente en todas partes, es imparable, pero la tribalización está ganando terreno en los debates políticos. El Brexit y Trump tienen en común el desconfiar de los otros con la idea de que lo importante es “poner América primero” o huir de la “burocracia malgastadora de Bruselas”. Dos simplismos.

La victoria de Emmanuel Macron en Francia ha devuelto una cierta confianza en el futuro de Europa que tiene que construirse al margen de los discursos que la quieren fragmentar y dejarla fuera



MIGUEL MEDINA / AFP

Cuando Merkel dice que Europa tiene que afrontar su propio destino, indica cómo combatir a los populismos

de las decisiones internacionales clave.

Alemania está en periodo electoral hasta el 24 de septiembre. Pero las declaraciones de Merkel no pueden ser sólo un discurso de campaña. Las relaciones con Estados Unidos y la unidad europea son demasiado importantes para ventilarlas en una gran tienda de campaña con bávaros tomando cerveza. Alemania no sabe ni quiere administrar su fuerza. El “nosotros, los europeos” es un mensaje explícito para mostrar

que Alemania no quiere germanizar Europa sino que el objetivo es europeizar Alemania. La historia pesa demasiado.

Después de las dos guerras perdidas el siglo pasado, Alemania no se fía de sí misma. Desde tiempos de Adenauer se ha apoyado en los anglosajones para no ser demasiado poderosa en el Viejo Continente. Por una parte, los americanos han garantizado la seguridad y la defensa y los británicos han defendido el libre comercio que ha sido una forma para defenderse de los ímpetus proteccionistas de los franceses.

Merkel dejó bien claro que esta nueva situación tiene que contar con la amistad de Estados Unidos y Gran Bretaña. No se trata de ir contra viejos aliados económicos y políticos, sino de estudiar la nueva realidad que conduce necesariamente a un reforzamiento de la amistad franco-germana.

Las complicidades entre los 27 países de la Unión desde que Theresa May activó el artículo 50 para negociar la separación de Bruselas se han mantenido intactas a pesar de las diferencias sustanciales que vienen de Polonia y Hungría.

Las victorias de Thatcher y Reagan en 1979 y 1980, respectivamente, significaron un giro importante en la historia del mundo. Comenzaba una revolución conservadora que tendría consecuencias en todo el mundo. La guerra de Irak del 2003 abrió las primeras fisuras en la visión de seguridad colectiva que fue introducida por Woodrow Wilson en la Conferencia de París de 1919. La crisis económica del 2008 profundizaba en las grietas abiertas por la globalización.

Gran Bretaña y Estados Unidos, paradójicamente los países más liberales de Occidente, han vuelto a la tribu con la percepción de que solos pueden volver a dominar el mundo. La revolución de los ochenta era creativa, optimista, un cambio de paradigma que causó los desajustes que ahora tenemos. Pero no era defensiva como ahora.

Esta revolución endogámica anglosajona no puede ser la solución, sino el agravamiento de los problemas. ●

Joaquín Luna



Noche sin taxis... hablando de sexo

A yer me quedé sin taxis, una pequeña tragedia –ni tengo coche ni aspiro a tenerlo– que merece un debate unilateral. ¿Es lícito mantener escarceos sexuales en un taxi? ¿Debería estar prohibido como comer, beber o sentarse con el bañador húmedo? ¿Cabe aplicar un suplemento puesto que el taxi, en un momento dado, hace la competencia ambulante a bares oscuros, bares con piano o al Regás?

Uno simpatiza con el taxista en huelga sin rechazar al progreso –imparable pero no inocente–, aunque entre los intereses de un señor de California millonario y un padre de familia de Badalona prefiero que el Estado vele por el segundo y no deje desamparado al colectivo en esta transición.

A los taxistas les debo, además, mucha benevolencia porque la noche me confunde y, a falta de un jet privado para hacer el amor en el cielo o en la fila 22 de un Airbus de Vueling –tendría mérito–, el taxi es un medio de proximidad en el que se pueden vivir momentos de alta pasión a bajo coste, aunque no es lo mismo presumir de relaciones a 10.000 metros de altura que de un magreo camino de casa Purita, de Diagonal a Vallcarca.

A mí, por ejemplo, me vienen de camino todos los domicilios de las mujeres que conozco por la noche.

–Vivo en Montcada i Reixac...

–No te preocupes, te acompaño. En taxi es un momento...

Naturalmente, el noctámbulo trata de aprovechar el recorrido y se olvida de la hora y del taxista. ¿Que hay suerte? El taxista baja bandera y el cliente sube las escaleras. ¿Que no hay suerte? El noctámbulo y el taxista coinciden en que algunas mujeres le echan morro y se dejan acompañar por el primero que pasa.

Un taxi suscita pasiones repentinas

¿Es lícito mantener escarceos sexuales en un taxi o debería aplicarse un suplemento especial?

y, a falta de público neutral, hay señoras que encuentran muy divertido jugar con la situación, a modo de aperitivo o de fantasía aprovechando que el taxista es un profesional curado de espantos que tampoco llevará a la oficina de objetos perdidos ciertas prendas perdidas en el fragor de la carrera o caídas del bolsillo de la chaqueta masculina.

Es una suerte que la huelga fuese en martes, noche tranquila y ayer algo fresca para la práctica de escarceos sexuales con la turista desconocida.

Tengo a los taxistas de Barcelona por grandes cómplices, a diferencia de los taxistas de París, que son más granujas y cuando recogen a clientes en un club liberal tan pronto dicen “bon soir!” como proponen patrocinar la carrera a cambio de unirse a la juerga. Yo, en esa tesitura, ejerzo de caballero español aunque alguna amiga francesa que aparcaba su coche en el periférico que circunvala París le quitase hierro y dejase la decisión en mis manos aun a riesgo de iniciarme en el proxenetismo sin ánimo de lucro.

El taxi es un plus de Barcelona y un aliado de la noche canalla. ¿Londres? Suena a palabras mayores... ●

EL RUNRÚN

Joana Bonet



Los nuevos esnobs

mantener”, escribía Oscar Wilde en *Un marido ideal*, y así resumía su forma de exaltar lo extremo. Hoy, en cambio, lo artificioso quiere ser natural, y la autenticidad se ha convertido en una forma de autoridad. Pero bajo esa aura de orgánico, de la etiqueta del huerto o la granja, de *casero*, también se agazapa lo falso.

El esnobismo se ha actualizado, y unos se arrojan ante un artista que –con un presupuesto de ciento diez mil euros– ilumina automáticamente una sala vacía cada cinco segundos, al tiem-

Esnobismo y pretensión, a menudo simbiotizados, son términos que no significan lo mismo

L a ilusión de la autenticidad domina nuestras cuitas desde aquel famoso eslogan de Lucky Strike: “It’s toasted”, que no nació de la audacia de un grupo de publicistas como se ficcionaba en *Mad men*, sino por accidente. A pesar de que un incendio en la fábrica de American Tobacco Company destruyera buena parte de sus instalaciones, el depósito donde se almacenaba el tabaco –metálico– lo preservó del fuego, tostándolo. La necesidad aguzó el ingenio. Y George Washington Hill, que sucedería a su padre como gerente de la marca, relató a *Time* que, paseando por la nave incendiada, su progenitor le preguntó a un compañero si había algo caliente que fuera verdaderamente apetecible: “La tostada de la mañana”, respondió. Y así nació ese “está tostado” que se traduce mentalmente por “es genuino”. La operación les salió redonda, una manera de sacarle partido a la realidad sin falsearla. Convertir las debilidades en fortalezas ha sido una constante del desafío humano frente al destino, y explica gran parte de las personalidades de los genios. “La naturalidad es una pose muy difícil de

po que otros degustan el peligroso y sabrosísimo pez fugu y lo cuelgan en Instagram para demostrar que su vida es la bomba. Esnobismo y pretensión, a menudo simbiotizados, son términos que no significan lo mismo: los primeros ganan en arrogancia, los segundos en tragicomedia. Dan Fox, en su entretenido ensayo *Pretenciosidad, por qué es importante* (Alpha Decay), sostiene que, gracias a la pretenciosidad, miles de parias han llegado a ser alguien en este mundo. “La pretenciosidad puede ser una forma de plantar cara al boato y las absurdidades de los poderosos”, asegura, y defiende que si nadie quisiera distinguirse de los demás o aspirar a más no podríamos evolucionar. Y más cuando la crisis ha expulsado a tres millones de personas de la clase media y nunca había estado tan baja la autoestima. La pretensión tiene una parte inconformista: la de querer sentirse especial en lugar de normal. “Nunca fracasará como la gente corriente”, cantaban los Pulp. El legítimo deseo de dejar de ser uno mismo por un rato, de fantasear con que un día a uno se le ocurra algo tan simple y genial como “It’s toasted”.